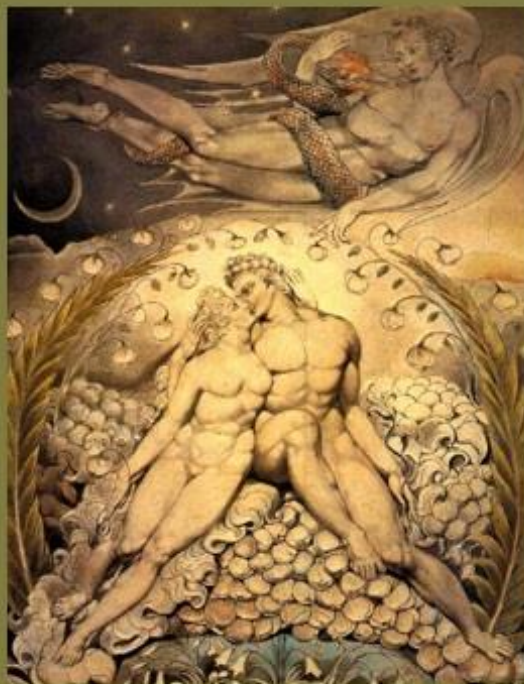


Tiempo de diluvio, tiempo de demonios

Horacio Biord Castillo



Editorial Diosa Blanca



Tiempo de diluvio, tiempo de demonios

© Editorial Diosa Blanca, Noviembre, 2021
© Círculo de Escritores de Venezuela
© Horacio Biord Castillo
© Foto portada, contraportada y colofón: William Blake: [freepik](#)

Dirección Editorial
Edgar Vidaurre

Corrección
Yennifer Hernández

Edición digital sin fines de lucro
Formato eBook y PDF

Diagramado por:
Editorial Diosa Blanca
Caracas



editorialdiosablanca@gmail.com
www.diosablanca.org



Editorial Diosa Blanca



[@editorialdiosab](https://twitter.com/editorialdiosab)



[editorialdiosa](https://www.instagram.com/editorialdiosa)



Prólogo

*Como fue en los días de Noé,
así también será en los días del Hijo del Hombre.
Ellos comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento,
hasta el día en que vino el diluvio y los destruyó a todos*

Lucas 17:26-27

Este libro *Tiempo de diluvio, tiempo de demonios* de Horacio Biord Castillo, es una puerta cuya inscripción o *sello* —a modo del hexagrama de Salomón— debemos romper para entrar en la dimensión que marca el inicio del despliegue incesante de la creación. Este título es al mismo tiempo una especie de conjuro que debiera ser pronunciado por el lector en voz alta antes de acceder con los ojos del cuerpo a estos manuscritos sin tiempo... o más bien pertenecientes a lo que acontece, acaece, o se cumple entre lo que llamamos *Kronos* y la eternidad. A manera de ritual, como aquellos sacerdotes del templo frente al lago, rompo entonces el sello en el centro del alma para entrar así en su dimensión sagrada, cuya advocación temporal es la de aquel llamado *Evo* o *El tiempo de los ángeles*. *Evo* o *Aevum*: proveniente del latín, significa «fuerza vital», y es lo que Santo Tomás llamaba «término medio entre la eternidad y el tiempo», la duración de las cosas que no se mudan en su ser, pero sí en sus manifestaciones. Ya antes, bajo el asombro y de una manera más poética y exacta en su belleza, San Agustín nos revelaba que el *Evo* es «la sucesión de actos de entendimiento y voluntad en un ser espiritual».

Desde el primer gesto creador, la dinámica de relaciones entre el cielo-infierno, supramundo-inframundo y la tierra como punto medio de manifestación y transformación del espíritu en materia y viceversa, y el ser humano como centro que encarna y replica los descensos, los ascensos, las caídas, los exilios, las purificaciones y las pulsiones desde y hacia su inframundo anímico y cósmico, ha estado regida siempre por el entendimiento y la voluntad de un ser espiritual, llámese Dios Creador o esos seres esenciales: los ángeles y los demonios como manifestación del principio dual entre creador y criatura, cielo y tierra, luz y oscuridad, bien y mal, materia y espíritu, cuerpo y alma.

En el **Antiguo diccionario Mito-Hermético** de Dom Antoine-Joseph Pernety, se habla del Diluvio en términos alquímicos y simbólicos, como aquella destilación de la materia caída, que después de haber ascendido en forma de vapor hacia lo alto del vaso alquímico, recae sobre la tierra como una lluvia inundándola por entero. Ya como metáfora cósmica de esta dinámica, de este *Evo*, el primer gran descenso ocurre al tercer día de la creación con la caída de Lucifer, el llamado «El hijo de la Aurora» (Helel ben Shaha) o el *Ángel Caído*. Robert Graves en su libro **Los mitos hebreos**, nos narra que: *En el tercer día de la Creación el principal arcángel de Dios, un querubín llamado Lucifer, se paseaba por Edén entre joyas centelleantes, su cuerpo resplandeciente con cornalinas, esmeraldas, diamantes, berilos, ónice, jaspe, zafiro y carbunclo, todo engarzado en el oro más puro. Pues durante un tiempo Lucifer, a quien Dios había designado Guardián de todas las Naciones, se comportó discretamente, pero pronto el orgullo le hizo perder la cabeza. Subiré a los cielos —dijo—, en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono, me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo. Dios, observando las ambiciones de Lucifer, lo arrojó de Edén a la Tierra, y de la Tierra al Seol. Lucifer brilló como el relámpago al caer, pero quedó reducido a cenizas; y ahora su espíritu revolotea a ciegas sin cesar por la oscuridad profunda del Abismo sin Fondo.*

Como preludio a la primera dualidad, a la primera transgresión en el costado del árbol del bien y del mal, la voluntad y el entendimiento del más elevado ser espiritual —el Creador—, este asimila el descenso o la caída diluvial del cielo a la tierra (y aún más allá hasta las profundidades del *Seol* o infierno), al *Ángel Caído*, a Lucifer como reverso del bien llamado mal, y lo que más adelante se denominará demonio o en su pluralidad: demonios. *Diluvio* y *Demonio* serán entonces la manifestación de un evento unívoco, de un *Evo* que determinará desde su infinitud a toda la humanidad.

Demonio (del griego **δαίμων** *daimôn*) es un ser sobrenatural o un «ser espiritual», reverso, como dijimos, de esos otros seres espirituales que constituye la jerarquía angélica, integrando así una realidad más abarcante

y unívoca de estas dinámicas. En los primeros libros sagrados mesopotámicos, sumerios y babilónicos, en las tradiciones ocultistas de los antiguos magos y, ya de una manera más desarrollada, en las tradiciones abrahámicas hasta llegar a la demonología medieval cristiana, un demonio es un «espíritu impuro» que puede emerger de las profundidades de la psique humana y así tomar posesión total de su voluntad. En el ocultismo y la magia greco-judeo-cristiana, un demonio (o ángel caído) es una entidad espiritual que puede ser conjurada, controlada y que por su dimensión meta-humana en términos de lo que se llama conciencia, está más allá del bien y del mal o pertenece, más bien por homologación, a los elementos inconscientes, ocultos y profundos del alma.

Más adelante, en esta dimensión de duración entre la eternidad y el tiempo, advendrá el Diluvio Universal o el descenso de las aguas sagradas como manifestación de voluntad de la divinidad creante, como la necesidad de purificar, de re-crear, de eliminar las impurezas que habitan las profundidades espirituales en términos humanos de la creación y las formas de materia degradante y degradada, para lo cual en lugar de provocar su ascenso hacia lo alto, convoca la bajada o el descenso del espíritu de Dios sobre la tierra y sobre los hombres... algo así como un *naufragio del cielo*, que deja al ser humano despojado de toda realidad material para sumergirlo en las aguas desbordadas de la creación.

Este libro contiene la voz de un mago, sacerdote o profeta (esa voz: su voz, tu voz, nuestra voz) que se desdobra y se lanza calladamente en forma de monólogo abierto sobre el desierto impersonal, pero que a través del recogimiento invoca y convoca la intimidad del secreto, del conjuro susurrado en el uso de los pronombres personales en primera, segunda o tercera persona, tratando así de revelar (nos) justamente esta travesía del alma: los ascensos y los descensos, aquello que baja del cielo a purificar los detritus a través de los ríos y drenajes del alma humana, para desembocar en el origen unívoco, en el vértice justo entre el bien el mal, la luz y la sombra, el cuerpo y el espíritu. Es esa (o esta) katábasis impostergable o el necesario descenso a los infiernos para entender el cielo. La correspondencia entre el descenso como vivencia sagrada y el grafismo, se manifiesta en la manera escalonada (de abajo hacia arriba) en que

aparecen los títulos de cada poema, así como el gesto contrastante entre la pureza o perfección y lo impuro, que se grafica a través de las tachaduras en alguno de los textos.

En este *Evo* o abertura en el tiempo, el poeta (¿profeta?) asume nuevamente la saga de ser centro de diluvios para descender luego a los infiernos. Evocamos así el manuscrito de Atrahasis, o el primer poema acadio que el poeta Kasap-aya transcribiera en tiempos del Rey sacerdote Ammi-Saduqa entre 1646 a. C. hasta 1626 a. C. abarcando la elipsis desde el origen del mundo a la creación del hombre hasta la narración del primer Diluvio:

*Los dioses tuvieron que drenar los ríos y limpiar los canales
y las fronteras de la vida de la tierra
los dioses drenaron el lecho del Tigris
y luego ellos drenaron el Éufrates.*

Este primer diluvio, esta primera saga, será replicada en el **Poema de Gilgamesh**, en las Escrituras védicas de la tradición hindú, en las tradiciones sumerias, en el Tanaj hebrero, en la Biblia y en la mitología griega (en el mito de Deucalión y Pirra). Ocurrió también en las mitologías de los chibchas o muiscas, de los mapuches, mayas, aztecas, incas, guaraníes y sobre todo en aquella mirífica revelación de la Isla de Pascua, donde la cosmogonía Rapa Nui de la tradición Maorí, narra cómo «sus ancestros llegaron al lugar escapando de la inundación de un mítico continente o isla llamada Hiva».

Según Jorge Luis Borges, el diluvio mesopotámico o **Poema de Gilgamesh** es el texto literario más antiguo que se conoce: «Ahí comenzó todo». En el epílogo de la narración, Gilgamesh, al cabo de muchas aventuras y desventuras, conoce a Utnapishstim, el único hombre que había sobrevivido al diluvio, y de su boca escucha el relato del espantoso acontecimiento y las causas que le dieron origen. Sin pretender otra cosa que la de manifestar mi asombro así como la contundente sensación de estar escuchando de primera mano este relato sagrado, he de confesar (me) que leyendo con el corazón este libro —sin duda alguna el último y el más reciente texto que narra para (nosotros) el hombre de (esta) la

postmodernidad, esta saga infinita— me quedo con la plena certeza de que el poeta re-asume en este libro la voz susurrante y conmovedora de Utnapishstim, único sobreviviente del *naufragio del cielo*, para otorgarnos su visión, su relato, para advertir (nos) desde la dimensión sagrada, la llegada de los tiempos de diluvios, de los tiempos de demonios, del *Evo* que nos rebasa y nos trasciende en nuestra pequeñez existencial que discurre entre la eternidad y el tiempo.

Sería imposible el cerrar estas vivencias, este estado de éxtasis o de purificación que se ha constituido con la lectura de estos manuscritos, sin referirme al descenso a los infiernos, a eso que lo antiguos magos y profetas hebreos llaman *Seol* o inframundo, con las connotaciones simbólicas contenidas en estos textos: el Dragón, la Flor Mayestática, el Loto o el Lirio, el Naufragio y el retorno al centro del alma de manera integrada.

—*Dime, amigo mío, dime, amigo mío, dime la ley del mundo subterráneo que conoces.*

—*No, no te la diré, amigo mío, no te la diré. Si te dijera la ley del mundo subterráneo que conozco, te vería sentarte para llorar.*

—*Está bien. Quiero sentarme para llorar.*

—*Lo que has amado, lo que has acariciado y que placía a tu corazón, está hoy cubierto de polvo, todo eso está sumido en el polvo...*

Así retoma el **Poema de Gilgamesh** la saga que se configura con el descenso diluvial, el descenso de las aguas sagradas, el *naufragio del cielo*, y lo hace haciendo aún más profundo el descenso, más allá de lo visible, más allá de la tierra como suelo de encuentros y transformaciones. La katábasis solo se conforma y se cumple de manera total con la bajada al inframundo. La filósofa y ensayista Uruguaya Gabriela Onetto en su ensayo **El descenso a los infiernos** nos revela que: *La aventura por excelencia del héroe mítico es la del viaje al Más Allá, al Mundo de los Muertos, Tártaro, Inframundo o Infierno, como prefiera llamárselo (a veces incluso se le llama “Hades”, como el dios). Aunque se trata de un oscuro y temible reino al que se entra cuando uno muere y del cual ya no se retorna, algunos mortales o semidioses han conseguido descender a sus dominios —motivados por alguna interrogante, prueba impuesta o asunto*

a resolver— y luego emerger sanos y salvos a la superficie. En general, los mitos reportan la necesidad de una preparación espiritual previa a embarcarse en esa travesía, la que solía consistir en rituales, purificación o sacrificios. No se puede tomar a la ligera el contacto con la muerte, con el misterio de lo ominoso, e incluso con los territorios de nuestra Sombra, la personal y la colectiva (en el sentido junguiano, el lado oscuro de la personalidad, los aspectos rechazados y negados por nosotros mismos o nuestras sociedades). Muchas veces a los héroes se les escapa de las manos el botín que arduamente consiguieron en el Más Allá —es el caso de Orfeo, Gilgamesh y Psique—, pero siempre regresan más sabios, convertidos en ejemplo, y hasta con conocimientos de carácter iniciático que a veces terminan inaugurando tradiciones fúnebres; fue el caso de los conocimientos órficos sobre el alma después de la muerte, que influyeron posteriormente en el cristianismo.

Desde el **Poema de Gilgamesh**, hasta la revelación que nos presenta nuestro poeta-profeta en este libro, pasando por la diosa Inanna, Ulises, Dante, Perséfone, Hércules, Psique, Orfeo, Teseo, Eneas y el propio Jesucristo, está la visión dinámica y necesaria en términos del *Evo*, o tiempo sagrado, el descenso a los infiernos es sin duda el culmen de todo este proceso cósmico y humano, el epílogo y la síntesis de la visión junguiana del *Unus-Mundus*. Se me antoja igualmente que nuestro poeta no solo retoma la (esta) antigua narración, rompiendo el sello lacrado que guarda el secreto iniciático de los retornos, sino que además nos sirve de *guía de ayudante sobrenatural o espiritual* en nuestra propia saga, como llama Joseph Campbell a esta figura.

Volviendo a citar a la filósofa Gabriela Onetto, esta figura: *Es un maestro, un incitador que orienta, en ocasiones incluso es una presencia directa que nos conduce al otro mundo; dentro del mito clásico, el dios que cumple este papel por excelencia es Hermes o Mercurio quien —por ejemplo— guía a Hércules en su descenso al Inframundo. Dante tuvo a Virgilio (quien es reemplazado luego por Beatriz al llegar al Paraíso); Ulises a Circe; Eneas a la Sibila; Psique a una torre que la aconsejó. Ellos representan el apoyo de nuestra personalidad consciente dentro de ese ámbito mucho más grande que nos adentramos a explorar, el inconsciente;*

son como el hilo de Ariadna, que devuelve al héroe sano y salvo luego de sus andanzas en el laberinto.

La reaparición del arquetipo y del símbolo religioso y espiritual del Dragón: Animal fabuloso que representa al mayor enemigo del hombre, las «fuerzas oscuras» de los mundos inferiores o el mal encarnado en Satán, estará presente desde el inicio de la creación (Génesis 1:21) donde aparece en su advocación más trascendente con *Leviatán*, hasta el final de todas las visiones con que culmina la elipsis sagrada: ***El Libro de las Revelaciones*** «y el gran dragón...esa antigua serpiente llamada diablo o satanás, el que embauca al mundo entero» (apocalipsis 12:9). El Dragón alado que combina el simbolismo de la serpiente y del ave (materia y espíritu) supeditando la primera al segundo. «Matar al Dragón» liberar (se) al hombre de las fuerzas que atrapan su alma y su espíritu. O el simbolismo del fruto como alegoría de la caída, del deseo inevitable, del retorno al suelo y al sub-suelo para renacer de la semilla. Pero tal vez lo más conmovedor en términos simbólicos de estos textos, es la simbología de la flor como manifestación de la creación, al mismo tiempo causa y efecto, culminación y comienzo, lo engendrado del árbol y al mismo tiempo la engendradora de la semilla que lo hará renacer de nuevo a la luz. Su forma de cáliz, de vientre, de lo femenino, de lo ritualístico.

Llama (me) la atención de manera especial, la referencia en el poemario a la «Flor del Mago» del brujo, a la Flor Antídoto:

*[...] anterior quizá al diluvio,
la última que arrancó un ser humano
antes de dejarse arrastrar por el torrente*

*La llevó consigo
aguas abajo
y con ella floto,
oliéndola,*

*húmeda,
para sobrevivir
—soñando-la, bebiendo-la, comiendo-la—
cuarenta veces cuarenta días,
o quizá más
(está escrito en la tablilla)
Ahora busco ese olor

 (tu olor,

 no sé)
para conjurar los demonios que como diluvios
me poseen*

Leo la tablilla,
intento leer-la,
descifrarla

Tiempo de diluvio, tiempo de demonios,
tiempo de flor antidoto
Me pone mal no hallarla,
no entender-la

*Evoco sus sonidos,
canción de trance,
y los signos para transcribirlos*

La nombro
para que sea otra vez,
como siempre
¿Flor de loto?
¿Flor de magnolia?
¿Flor de auyama?
¿Campánula?

Sería imposible no evocar en estas visiones a la flor mayestática de la creación, del origen, del mundo, de la materia, de las formas cambiantes, del mundo fenoménico, y del *Ser* por cuyo sacrificio se sostuvo y se sostiene. Sin embargo, del sacrificio cósmico, del caos, del hundimiento del cielo, surge la rosa eterna ocupando espacio a nuestros ojos, desplegándose en el tiempo; en nuestro propio tiempo y aquel otro que nos rebasa. Tampoco podemos dejar de evocar en medio de este *naufragio del cielo*, a Ulises y su naufragio, a los comedores de lotos o lotófagos (en griego antiguo, *λωτοφάγοι* «los que comen loto»). Estos le ofrecen loto a sus hombres que por ello caen en el olvido y en el éxtasis. Finalmente Ulises consigue la fuerza necesaria para seguir rumbo a Ítaca, y ya por último pero no menos importante la relación entre la flor llamada sello de Salomón (*Polygonatum multiflorum*) una planta de la familia de las liliáceas y el sello de Salomón con el que abríamos estas referencias.

No puedo dejar de compartir estas vivencias (como lo pautó el manuscrito entre los umbrales de luz, los atardeceres y las auroras) en primer lugar señalando justamente el estado permanente de transición, de dinámica de umbrales, de límite entre lo dual (en especial el del bien y el mal) y las resoluciones de esas correspondencias. Alegoría de estas dinámicas la encontramos en el poema que alude de manera subliminal y sin nombrarla, a la confrontación entre Atila, (llamado «el azote de Dios») y el Papa León I. Atila llega casi a las puertas de la ciudad de Roma, cuando la caída del imperio era ya un hecho incontrovertido, por lo que la suerte de Occidente y de buena parte del mundo civilizado y la cultura greco-romano-

judeocristiana estaban en peligro de desaparición total. Ante esa amenaza, y de manera increíblemente osada, el Papa de ese entonces, León I, decide ir al encuentro de Atila a las orillas del río Po a fin dialogar y salvar al pueblo de Roma, al pueblo civilizado que todavía habitaba el mediterráneo y lo que quedaba del magno imperio Romano de Occidente. No llevaba ejército alguno, ni armas. Solamente un séquito de cardenales y de obispos con él a la cabeza portando una inmensa cruz como estandarte. El hecho histórico, es que Atila decide devolverse a su castillo en el Danubio y no cruza el río, salvándose así de la aniquilación total, la cultura occidental y los logros alcanzados en ella. Esta fue una victoria en paz (tal vez la única de esos tiempos) de la Iglesia sobre la violencia y la irracionalidad de las tribus llamadas bárbaras, en cuyo despliegue también terminaron siendo imperios de gran magnitud y poder. Los imperios hasta la fecha han ido pasando, pero la iglesia (que en su momento más amargo también fue un imperio sustentado en el poder) ha persistido en su base espiritual. Ese umbral, ese límite entre el bien y el mal que demarcaban las orillas del río en Mantua, refieren más bien al temor atávico que Atila sentía por lo sobrenatural y en especial por las fuerzas divinas, y el impacto que le produjo ver la estampa incólume y al mismo tiempo conciliatoria y dialogante del Papa. Pero sobre todo, la fuerza imponente y dramática de la cruz y todo el simbolismo que esta representa.

Pero con seguridad de todas las vivencias, la más trascendente es el dramático culmen de todas las katábasis y las bajadas a los infiernos: la que ejecuta Jesús, como umbral a su vez de este *Evo* infinito. Me siento especialmente transido por las muy fuertes e implacables referencias que hace el poemario a la vida-muerte-resurrección, desde el punto de inflexión que se proyecta desde las zonas más oscuras del alma (en este caso a través de la imagen del suicidio repetido) así como la figura de un Mesías, maltrecho, ajeno a su entorno y casi objeto de burla:

El profeta nos convocó

Su rostro huraño anunciaba tormentas

cuchicheábamos

Algo grave sin duda anunciaría

*La voz se lo había revelado
Él no era solo un profeta
Era el Mesías
enviado de nuevo
a redimirnos
Obediencia, adoración
Nada más pedía*

*Nos mirábamos
Alguien tiró una piedra
la primera*

*Su cuerpo yació mucho tiempo
sobre las losas de la plaza
pálido
inerte
mesiánico,
tal vez*

Es tan nuclear el mensaje que esta sección de los textos de este libro nos revela, que voy a cerrar con tres citas cuya referencia anímica y espiritual me parece importante hacer. La primera es una reflexión contenida en mi ensayo ***El Reino de Dios: Para que la resurrección tenga sentido, Jesús tuvo que morir, que asumir la muerte, ser arrojado al sepulcro. El segundo hito que se alcanza después de la pasión y muerte de Cristo es lo que sucede entre su muerte y su resurrección. La celebración de la Pascua no***

se centra o toma como único elemento de esta saga el momento glorioso y triunfal en el que Jesús emerge renacido del sepulcro. Al morir, Jesús bajó a los infiernos, al mundo de los muertos, al Hades. La palabra griega «Hades» (ᾍδης en la teología cristiana y en el Nuevo Testamento) es paralela en hebreo a la palabra «Seol» (שְׁאוֹל, «tumba» o «pozo de suciedad»), y alude a la morada de los muertos. Y es en este sentido que tanto el evangelio como la primera carta de Pedro la invocan al describir el momento conmovedor y extremadamente vibrante en el que Jesús, el Cristo Redentor, rompe las puertas del infierno para que entre la luz. Con el gesto de tomar de la mano a Adán y a Eva para sacarlos de la oscuridad, redime a la primera pareja humana, al ser humano, a la humanidad entera. Allí también estaban el Rey David, Saúl, Elías, Ezequiel, Isaías y todos los profetas. Esas puertas abiertas a la luz y el haber asumido con su resurrección un gesto abarcante que lo hace descender hasta los infiernos para que se establezca un vínculo absoluto entre la tierra y «El reino de los Cielos», entre la vida y la muerte, hacen que a partir de ese hito en la conciencia del ser humano, el mundo entero entre en estado de resurrección.

La segunda es un párrafo conmovedor del libro **Encuentro con la sombra** del psicólogo junguiano Jerry Fyerkenstad en una aproximación psicológica que me parece cercana a lo que siento de la vivencia poética y espiritual que me produjo la lectura de estos manuscritos:

Jung creía que Dios, el Dios viviente, solo puede ser encontrado donde menos queremos mirar, en el lugar en el que más nos resistimos a buscar. Ese Dios se halla oculto en nuestra oscuridad y en nuestra sombra, entrelazado con nuestras heridas y complejos, inserto en nuestras patologías. Por otra parte, el Dios de la Creencia, el Dios que no tiene nada que ver con la creación y la vida cotidiana, el Dios ajeno a nuestras imperfecciones mundanas, solo nos proporciona una excusa para permanecer alejado de las facetas más intrincadas de la existencia humana. La alquimia es un proceso que nos permite extraer el Dios viviente de los aspectos más corruptos de la existencia. Pero ese proceso no puede comenzar hasta que no reconozcamos nuestra corrupción; una corrupción que se halla presente de manera explícita o implícita. Basta

con limitarnos a reconocerla, admitir su existencia en nuestras acciones, en nuestras fantasías, en nuestros anhelos más secretos y momentos más ocultos. En realidad, de lo que estamos hablando es de la diferencia entre alma y espíritu. El camino del espíritu es estrecho y ascendente pero el camino del alma, por el contrario, discurre de manera sinuosa, perturbadora y descendente. El camino del alma es también el camino de iniciación a nuestra propia humanidad.

Termino con la tercera referencia citando al poeta y estos últimos versos como puertas (esta vez abiertas) que (nos) ofrendan a modo de arcoíris una única visión: la danza y el desenlace de este *Evo* infinito, de ese incesante *Tiempo de los Ángeles* que se replica también en el alma del hombre de estos tiempos y que vemos desde aquí como posmodernos Noés a través de la escotilla del alma y por la gracia y la voluntad del espíritu más elevado que nos guía y nos determina:

La danza trae la vida porque eras la vida

y tus movimientos, demiurgo sempiterno, (nos) re-crean

como barro tomado de la tierra aún fresca

No importa qué compases terribles marquen poses infernales,

las trincheras obligadas de la guerra absurda

o el silencio del mar al detenerse las olas

Al final tu cuerpo ha de elevarse

como espuma y vitral

como canción de madrigales

y dará el salto que conjura

estas ilógicas tempestades

que quiebran los copas

y adormecen las flores

*Tus manos moverán la vida
y la harán de nuevo
como tal vez la vio con asombro Noé
desde una pequeña escotilla de su gran nave*

Edgar Vidaurre

Tiempo

de

diluvio,
tiempo

de

demonios





He visto sobre papel antiguo

de nuevo el fragmento,
apolillado, cerúleo
Escrito con otros trazos,
lo tenía un bibliófilo amigo

Aquellos sacerdotes del templo frente al lago
lo leían, lo reverenciaban, lo proclamaban
y quizá también alguna tarde lo llegaron a violar

Recuperado por la adversidad,
pensé para mí,
llenará de tormentos la conciencia del mundo

Proscritos el beso de los troncos,
las flores que se aferran a sus ramas,
el cielo que se transparenta,
el lloro de la piedra junto a la piedra,
solo los restos del festín y la ceniza
han de quedar

(brutal antropofagia)

Con tantas proscripciones,
todo habrá terminado

(1991)

La noche engendrará dragones

y hormigas carniceras horadarán mis párpados
como las termitas ancianas borraron mis cuadernos,
los libros de cuentas y recetas, los documentos de identidad

Mea estrellas la noche y un líquido viscoso invade mi presencia
No encuentro la puerta, la casa, la calle
No tendré almohada esta noche,
sino el terrible desconcierto
de tu llama doble

Lo impredecible de la noche me hace temblar
al confundir la pesadilla con el sueño

Escribirla-la

Nombrar-la

Un rayo rutilante recorre mi rabia

Busco la flor del mago,
del brujo, del hechicero,
la flor antídoto,
anterior quizá al diluvio,
la última que arrancó un ser humano
antes de dejarse arrastrar por el torrente

La llevó consigo
aguas abajo
y con ella flotó,
oliéndola,
húmeda,
para sobrevivir
— soñando-la, bebiendo-la, comiendo-la —
cuarenta veces cuarenta días,
o quizá más
(está escrito en la tablilla)

Ahora busco ese olor
(tu olor,
no sé)
para conjurar los demonios que como diluvios
me poseen

Leo la tablilla,
intento leer-la,
descifrarla

Tiempo de diluvio, tiempo de demonios,
tiempo de flor antidoto
Me pone mal no hallarla,
no entender-la

Evoco sus sonidos,
canción de trance,
y los signos para transcribirlos
La nombro
para que sea otra vez,
como siempre
¿Flor de loto?
¿Flor de magnolia?
¿Flor de auyama?
¿Campánula?

No es tanto

el ruido de las gotas
al caer,
ni las manchas negras
de las goteras
en el techo,
sino la sensación
de río sin agua,
de montaña sin flores,
de casa sin mesa,
de rostro sin ojos,
de amor sin besos,
que me invade
cuando las gotas
mojan mi cuerpo
o manchan mis libros,
cuando dañan el pan de la cena
o cuando desdibujan el rostro
niño
de mis hijos
atónitos en el portarretrato

(2006)

Huimos

de los médanos sin fin,
de la escasez de manantiales,
de los riscos escarpados de la madrugada;
pero no vemos los desiertos cercanos,
esos minúsculos lugares que asesinan

El desierto puede ser una voz sigilosa
(atragantada de estrellas)
que dispersa los encuentros
Es una noche sin luna,
sin almohadas ni reposo

En mi casa,
en el escaparate,
había un desierto,
común y corriente,
imperceptible, pero brusco,
desdeñoso de piedades,
aterrador como puñal filoso
Estremecía, arrebuajándolo, a quien lo topara

De niño,
sentía valor para vencerlo,
y, con sorna, me apiadaban
las lágrimas de quienes terminaban por sucumbir
en sus yermos

No sabía lo que era un desierto,
no lo entendía,
no lo saboreaba,
seguro
tal vez

de mi complicidad con la vida,
ingenua,
 confiada,
 pueril

Aquel manojo de papeles
 (quemados por los años)
era un desierto:
cartas
que narraban
con impecable caligrafía
sin despecho
(como si hubiera caído ya la hoja de la guillotina)
infelices sucesos,
amores dañosos,
insolentes

Solo había resignación,
un aliento extenuado,
una existencia consumida

Al leerlas
un aliento de fuego
quemaba la planta de los pies,
un sol de eterno mediodía
laceraba la cara
y un aire caliente
so-

fo-

ca-

ba

(2005)

Me arropa el silencio de la tarde

y el horror pre-sentido
de no ser / hacer / construir
sino sutiles, indefensos
conatos de sueños

Me arropa el silencio de la tarde
y me consume la noche
que se ennegrece

(2006)

Tiemblo espacio de papel y noche de bosquimanos,
ceremonias satánicas, dice el cura de mi aldea
Placer, padre, solo placer, digo yo

Y vuelvo cada noche a trazar los mismos círculos,
a simular ritos de sangre,
a inventar los nuevos símbolos,
sin contemplar siquiera las pestañas horribas de la visión

Rocas deshechas por el agua
Nubes que caen inútiles sobre el desierto
y visten de somnolencia a la arena
La flor perfecta y exquisita de toda noche de bodas
con caballos que transportan a los novios
y se meten en sus sueños de esposos

Eso busco, eso proclamo, eso soy,
y usted, padre, debe bendecirme,
porque Dios me lo dice en sueños
cada vez que mi conciencia se lava
como las tardes soleadas que siguen a la lluvia
en esta ciudad grande que es la patria de los hombres

Si quitarse la vida

fuera,
al menos,
un acto más cotidiano y reversible,
mi historia personal estuviera llena
de esos pequeños ritos
llamados entonces,
sin asombro,
suicidios

Me suicidaría
al ver una rosa marchita,
o al contemplar un pecho fuerte
que insulta al mío débil
o tras cada lágrima justificada de mis hijos

Me quitaría la vida
cada tarde antes del ocaso
y los domingos por la tarde
para amanecer el lunes
como arena de playa
bajo luna de montaña

Me suicidaría antes de iniciar una clase
y cuando los fantasmas
me alzan la voz en medio de la calle

Suicida crónico
y perseverante en el oficio,
de tanto repetirlo
escribiría un tratado de cómo hacerlo
Argumentaría que es un acto de decencia
y lo rescataría del olvido

“Ayer me suicidé”
o “esta mañana”,
les diría con desparpajo a mis amigos
y a los compañeros anónimos
de los viajes en metro

“Me volveré a suicidar
mañana antes del mediodía”

Y mientras las aguas

claras, terrosas
de ímpetu vestidas
me recorren
te recorren
nos recorren
voy
vas
vamos
formando fuentes ríos lagos mares
este océano perfecto
que alberga cordilleras
de coral
y ciudades abatidas
por el devenir y la cólera

No hay gemido en proclamarlo
sino en saberse mutilado,
sutil
pasajero
pétalo desguarnecido de estrellas,
pero astro brillante en su centro
luz
vida
pequeño dios
que espera los compases indicados
para iniciar la danza frenética
del magma que sin voces aunque revuelto
horada y remoja
como si en verdad poderoso pudiera crear

Buscar huellas en (estas) páginas ya caducas

en la tarde que no alcanza
en el sueño que de bola cristal se viste
(me) lleva nostálgico a embravecidas aguas
que en una botella agito
para navegar en el diminuto buque
que un corcho húmedo resguarda

El sol como un pino lejano
perfuma de magnolias y palmeras
las lindes del jardín

espéculo de nubes sobre pulidas lajas

distantes

El plenilunio humedece el suelo y sus hojas
donde mis cenizas por siempre
han de dialogar con hormigas y lombrices,

imagino
anhelo

No hay infierno, Virgilio,
ni caminos que lleven a sus puertas,
sino ángeles sucios que trocaron sus cánticos
por sulfúreas rocas molidas
que simulaban plácidas arenas de color,
fondos bucólicos de acuario,
detritus de sumergidos demonios
que exhalan como vapor fétidos residuos
Es la náusea

el mareo
el recitado incomprensible de la mosca
que obra sin modales
el dulce libado en los sueños

No hay camino, ni se hace tampoco al andar
sino una melodía de flautas
que lleva al cerro
donde viven
ya sin alas

oscuras, tenebrosas cavernas
los no nacidos
que elevan la mano y no la mirada

Es el terrible instante de la duda
y el desasosiego
que calcina el agua
y evapora el rocío
antes de calmar la sed
y la febril visión

Lujuria
Gula
Avaricia
Pereza

Ira
Envidia
Soberbia

Las hadas se alejan
y solo va quedando el hueco
sediento, inerte, íngrimo
cenote antiguo
de donde brota
el hálito
que (nos) maldice

Las grietas del techo

anuncian apuros en la tempestad

Sus gotas precisas

inmutables

severas

no han de limpiar el piso

Ollas ahuecadas disminuyen el fuego

y chorrean guisos y dulces de antaño

Las ventanas ya no miran

ni el jardín florece

Un tenue resplandor arroja los muebles

Luces y sombras se abrazan

Alguien ha de contar los días

las glorias

los nimios sucesos

pero antes los muros

como hojas

vivirán largos otoños

y ríos subterráneos brotarán calaveras mutiladas

tibias

falanges

La música se baja del carro de la Muerte

y un desconocido eremita recita en vano sus preces

Los setos son largas hileras de ortigas

y el veneno mancilla la pérgola

La casa se viste de malsanos trajes

y el hedor de una niebla recreada

maligna

consume los últimos acordes de la fundación

El hogar tiritando anuncia su fin a las cenizas

hambrientas
Una blanca lechuza entona sin cesar antiguas letanías
El rocío
 como diluvio
 destiñe los manuscritos
y el nombre de los primeros en llegar
se confunde
 sórdido
con la basura desparramada sobre el césped

La pileta
 desnuda de lotos y nenúfares
filtra su aliento de lago
Los peces, el caracol, la diminuta invisible sirena
han de mudarse
 (¿o de morir?)

Tiemblo

Proyecta otras sombras el candil

Tus ojos
 los míos
se ven

La noche nos espera

“de la noche venimos”,
 me dices

“hacia la noche vamos”,
 te digo

(sonreímos)

Quiero temblar ahora

Después
-en el borde terroso
lleno de precipicios y to-
 rren-
 tes

seré roca
 árbol
 aurora
 espejo
 que refulge en tu presencia

(sin fecha)

Tanta sabana

Tantos grillos

Tantas catedrales

Tantos órganos silenciosos

Tanta soledad

Hoy el teatro no abrió

Las máscaras

el bastidor

despidieron a los actores

Los títeres satisfechos se mezclaron con el público

seguros

displícites

llenos de alborozo

y arena

No es la sangre que mana

ni el ardor supremo

que escuece

sino la causa de la herida

el dolor del horizonte

ya perdido

las compuertas que sin piedad lanzan detritus

y (me) cobran la existencia

sin haber hecho

aún

el testamento

No el rictus de la agonía

sino angustias con máscaras de Muerte
oscurecen el pasadizo

lacerante

que lleva indefectible de la nada al ser

El camino minado de púas del nuevo calvario
es el viento gélido que siembra de terror
las voces

las sombras apenas presentidas

Flores resecas, marchitas antes de abrir
anuncian el resbalón final.

Abajo el precipicio bosteza

como océano sediento

pero el fondo custodia quizá tibias galerías
con estanques de loto
y perfumados nenúfares

La calle guarda huellas

voces

flores diminutas

que los autos desprecian

Los soldados van y vienen
sin uniforme, sin mucha prisa
oyendo sordos el canto de los micrófonos

La gente apura el paso
Las flores pisoteadas duermen
Algún día los megáfonos han de callar(se)
y una fea mandrágora
escupirá las estatuas,
envenenará las fuentes

que prodigiosas prometían la ventura
y sus pantorrillas como vientres
albergarán incubos bestiales
que nadie ha de bendecir
Se olvidará el nombre de la sucia prostituta
y acaso un cronista atrevido
rememore las calles del extinto lupanar

Me detengo

Una luz potente me lo ordena

Las ratas se visten igual
se liman las pezuñas
llevan rasurado el bigote
miran sin piedad
ocultan la pollina
transpiran cloacas

En las noches
sin disfraz
brillan sus cuerpos
y les cambia la mirada

Caminar no es lo mismo que soñar
(me consuelo)

Tu oculto tatuaje horada mi quietud

La mañana trepita

se (me) hace voz

angustia

Busco una callejuela interna

para ~~domir~~ ^{domir} aquietar los sueños

que (me) arrastran

Las calles (me) ~~vulneran~~ ^{vulneran} potencian

La lluvia (me) ~~moja~~ ^{moja} lava

Tu tatuaje

oculto

me (re) anima

Tanto lodo en los caminos impide el paso

Los pies se hunden y acarician tímidos las piedras

filosas

Un canto indescifrable

antiguo

secreto quizá

me orienta franqueando los desfiladeros

Un puerto de montaña allende me espera

Los diques amenazan y mi voz se quiebra

Náufrago en el puerto

sin ilusiones

oigo gritos que graznan la desdicha

La cordillera se desmorona

Mi bordón se resquebraja

La neblina espesa

cerrada

me confunde

Negras lagañas ocultan la sierra

Perros sin ojos devoran sedientos el camino

venados
jaguares
saltamontes
ardillas
buscan
a tientas
el desfiladero

Densas cortinas de humo
restriegan el sueño

Exactos, precisos,
cada mil años
se abre de súbito
el mundo sin nombre
que nos condena

Tu ombligo no lleva el nombre del mar
sino el temblor íntimo de la palabra pestilente
que seduce
engaña
traiciona

Una hierba acaricia como narcótico

el orificio tembloroso
de quien feliz descarga lo inútil, pesado, molesto

No es un sueño absurdo
sino la terrible pesadilla de no querer despertar

Las ciudades acunan ratas
acarician bachacos

Los campos amamantan serpientes de veneno letal
acogen arenas movedizas
anillos que aprisionan como cadenas los dedos
invencible

Seres del infierno suben los escalones
inexorables
impávidos

Un ángel tal vez ebrio

camina por las veredas

Destruye setos y flores

Se oyen sus risotadas

Su canto es una tormenta de agua sucia

Sus alas al temblar convocan alimañas

y azotan hasta apagar las luces

Hurta, viola, depreda

La gente huye temerosa

Es un ángel sanguinario

altivo

prosaico

de esos que con razón cayeron

El profeta nos convocó

Su rostro huraño anunciaba tormentas
cuchicheábamos

Algo grave sin duda anunciaría

La voz se lo había revelado
Él no era solo un profeta
Era el Mesías
enviado de nuevo
a redimirnos

Obediencia, adoración
Nada más pedía

Nos mirábamos
Alguien tiró una piedra
la primera

Su cuerpo yació mucho tiempo
sobre las losas de la plaza
pálido
inerte
mesiánico,
tal vez

Llueve

No es lluvia de vida,
sino cardos y salitre

Llueve

Un hálito de tragedia
recorre los caminos

Llueve

Las noches se hacen riadas
y orificios

Llueve

Nacen culebras
con la cara del traidor

Llueve

Los dioses se espantan
y la lluvia prosigue

Las serpientes han de volver a reinar

La jaula no te encierra,
te guarda
no te limita,
te protege
no te vulnera,
permite tu elevación
te purifica

atado a los barrotes
en silencio
mientras pasan displicentes los hombres
compasivas quizá las mujeres
divertidos los adolescentes

entre temblores
por la ira acumulada
por la impotencia
avergonzado

me digo
te purifica,

Tu canto se queda atrás,

 digo

Ya no cuenta la historia,

 proclamo

Se te olvidan las estrofas,

 creo

Tu canto me hechiza,

 me somete,

 me hace

El río se empieza a teñir de rojo

Una vieja lechuza,

dicen,

menstrua por las tardes en sus riberas

La luna en los pozos luce extraña

Un militar desdentado proclama lejos sus verdades

*Solo hay un pasado
lleno de guerras y martirios:
la grandeza de la Patria*

Enterrado en el campo de las ratas

cerca de la estatua del Prócer,

cada diente es un cristal turbio

que refleja reclutas castigados

severamente castigados

por divergir

Ancianos con las arrugas de la angustia

desfilan en círculo sin parar

El discurso es una hormiga hambrienta en la nariz

*La tortura es el arma
única
última
decisiva
de los Justos*

Obra la vieja lechuza

Se mancha la luna en las aguas del río

Una luna de cartón

reseco

ya sin escarcha

me alumbra

Soy un payaso frente al espejo

una solitaria momia quizá

en el olvidado mausoleo

de la montaña que me vivifica

vivo, muero: muero, vivo

¿vivo?, ¿muero?

Llevo en el cuaderno el sueño del jefe

Me lo dictó con gran dulzura

Es simple

Solo quiere que todos ~~seamos~~ sean felices

y puedan soñar

Para ello solo deben obedecerle

defenderlo

obedecer

defender

obedecer(le)

Las calles lucen repletas

Ratas e insectos caminan con desparpajo

Alguien, temeroso, grita

Una serpiente escucha y se alza

Los roedores chillan

El rey está cerca

aunque no lo reconozcan

Un asesino aguarda

disimulando

Las ruinas me transforman

Soy paisaje

polvo

Mi voz es un río que se seca

y a veces espumante

bramando

se desmadra

La torre se (me) incendia

Ayer una vieja desenterró bestias de arcilla y cobre
y llovieron alimañas

sangre
mucho agua

El fuego ya consumió las escaleras

Si sobrevivo
veré derrumbarse los arcaicos muros
escucharé aporreado, maltrecho
el ruido de los insectos quemándose
y sentiré con esperanza su olor
nauseabundo

Tu brazo tatuado anuncia las puertas

azufradas, urticantes

Tu sonrisa tímida de polluelo de buitre
amenaza la cándida vergüenza de palomas y flamencos
Ve en busca de playas de detritus,
de flores plásticas que te celebren
y canta moviendo tu cintura de guardián
las arias de la desolación
No otra montaña te espera
sino filosos acantilados de una tierra maldita
que el altísimo poeta visitó mojados sus ojos de horror
Escudriña perdones en las páginas más sublimes
por tus exactos dibujos de chanza
y la fea tez que empaña lo grandioso de tus manos
La burla puede ensangrentar tu descendencia
y tus lágrimas serán entonces absurdas lloviznas
en tórrido, incandescente verano
Tu sed podría dejar de ser calmada
y aquello que escupes escupirá sin fin tu sueño

Humo de árboles centenarios impide la mirada
y perfuma de orfandad cada respiro

Comadreas y ratas huyeron
Los nidos desperdigados alertan los pasos

Voces misteriosas, estentóreas chillan órdenes
Al fondo, viejas torres señalan el camino imposible

Los roedores mudan como serpientes la piel
y su sonrisa de sapo llena lúgubre la tarde de juicios

Hay culpables innúmeros, se comenta
libélulas
mariposas
flores que comienzan a ajarse

Nubes bajas de tonos perfumados semejan un cielo nauseabundo
Las palmeras jadean; jadean los gusanos

Algún gigante, se rumora
también fue acusado
y los enanos ha tiempo que mudaron sus mansiones
Solo se divisan masas amorfas que a tientas caminan
y alimañas que brotan lozanas, radiantes de las grietas

No las tierras de la antigua heredad

No el retrato del primer marqués
ecuestre como el del rey, el príncipe y el conde-duque
No las joyas de las marquesas-viudas
No la casa, ni las alfombras

ni las colecciones de finas porcelanas
No tan siquiera la voluptuosa forma de amar
sino, para reposar de noche la angustia, el pecho ausente,
cómplice del alba que apenas en la madrugada se vislumbra
como místico canto de auroros delicioso

añora

En medio del acto

tembloroso el público
entró majestuoso el aura
De un zarpazo le arrebató el birrete
y le picoteó sin desmayo la cabeza

Los perros a lo lejos aullaban

Todo se había cumplido
Se estaba cumpliendo
todo

Tu cuerpo es el desierto

un disco de roca

Engulle estrellas
y moja de lluvia la luna

Tu cuerpo es la ausencia
Como sombra crece
y me oculta

Tu cuerpo no es un cuerpo
sino un dolor de colmillo
Lacera

Un pez escarba mis ojos

El acuario se desborda
me arrastra
me hace árbol sumergido

Tu mano me sujeta

El precipicio no concluye
Es un hueco largo
en el abdomen

Las estatuas (me) miran

Un largo empedrado camino nos separa
Las pulidas losas reflejan no el sol ni la voz
sino la pura noche sola

No las oigo; las intuyo
Sus miradas como frías estrellas me alumbran
silencio, quietud, desolación

Una gárgola de colores pintada

como vida que no es vida sino muerte
me guiña sus turbios ojos
y sonrío con su boca de dragón
mientras exhala el perfume odioso de la decrepitud
Chilla y espanta las palomas
que habitan su pretendido reino
Mueve inmóvil las alas
y la cola de perro con cuernos
Me hace propuestas, me acosa
Cada noche visita mi sueño
y se baña en las playas desiertas de mi soledad
Tiemblo cuando canta en mi piel
y le digo piropos para calmarla

La plaza alberga multitudes que aplauden

desenfrenadas, ciegas, apabullantes

El callejón cercano está solo

como durmiendo una siesta de verano

El silencio de la recámara tiembla

con los gritos de la muchedumbre distante

El incienso del santo se consume como la aurora

mientras la brisa calcina la esperanza

La arena tapiza las ventanas

Aves antiguas revolotean

presagiando velas en el fondo del estanque

Un largo rosario de recuerdos espera junto al pan

La cortina no esconde la íngrima quietud de la casa

Abre sus puertas sin garfios a la brisa que sopla como ciclón

Cuando alguien llame,

los profetas en lo alto mostrarán el camino

con el índice tenso, quizá tembloroso

y la hora de volver a los umbrales

sin que las madres estén ya cerca

para albergar(nos)

Parece que todos los años fueran bisiestos,

comenta

con una luna ensangrentada alumbrando de calamidad los lagos
No llueve azufre, no caen pájaros ni sapos del cielo
No vuelan langostas como nubes imbatibles
No fuego vomitan volcanes escondidos bajo las casas,
pero se abren los mares con murallas de coral e hipocampos
y el indigno asume el número tres veces escrito
para retar al Verbo sin temor de los ángeles victoriosos

Tiempo de calamidad y ceguera,

dice

Tiempo de guarecerse en el silencio y la pluma
Tiempo de diluvio, tiempo de demonios
La tierra se hace sangre bendecida por la mortecina luz
Árboles y plantas han de florecer larvas de grifo
y cargarán detritus en sus ramas endebles

Esa palabra convoca las deidades más oscuras,
los deformes seres que ya sin brillo bajo piedras filosas se

[ocultaron

en laberínticos fosos
para llevar la pena
de haber tentado la Bendición

Quizá cuarenta lluvias hermanas laven la faz de los hogares
y la piel ensortijada del carnero sacrificial
Cuarenta auroras, cuarenta ocasos sin cenit
han de ahogar(nos) la vida

Tiempo de diluvio, tiempo de demonios,

no lo olvides

El último soldado le lleva a su madre como canto

la relación detallada de los yermos sin fin,
los templos que debieron caer
como si los dioses hubieran mudado sus afectos,
los caminos ahora solitarios
sin correos de buenaventura,
las playas sospechosas de sedición
y los manuscritos más antiguos
incinerados como ofrenda a una absurda noche

En sus mejillas brilla no el fuego de los años,
no la danza perfecta del incierto cometa,
no el espejo pulcro del lirio
sino la oquedad fétida de los generales,
la triste ilusión de la promesa inicial

La madre tiembla y sus lágrimas como antorchas
iluminan en secreto la madrugada
más allá de las cercas del patio

Donde su caballo pisaba no crecía la hierba

Las palabras que su boca pronuncia no son discurso de loco

Avanza impetuoso sobre la cabeza

Los ojos afiebrados toman el pulso de las horas

Sus ejércitos lo siguen ahíto de saqueo

Sin cesar arenga multitudes desposeídas

Las hierbas se tuestan; la última *edelweiss* cierra atónita sus pétalos

Nadie ose mirar otro camino, otro río, otro cielo

Las murallas se cierran inútiles ante la lluvia de fuego

Un solo puente ha sido abierto para el sueño

Lanzas y flechas atraviesan lo insondable

Mira al Norte con ojos de hambrienta herida zarigüeya

y su brazo muestra en los enormes bíceps el tatuaje de la muerte

Sus cantos presagian la falsa aurora

En las puertas cercanas desciende del corcel

y no ve límites en su marcha sin fin como negro ejército de bachacos codiciosos

y conferencia respetuoso, él, señor de las montañas y los valles,

Nada lo detiene, las manos llenas de estiércol de aquel fatídico día,
señor de los ríos y los glaciares, señor de los pinares olorosos,

la espada simulando la esgrima perfecta del noble guerrero
señor de meigas y elfos, señor de rituales prohibidos

El rictus de la boca repite la decisión para los acólitos más sucios
pero oye al hombre del crucifijo en el bordón

y maldice de continuo al adversario y aun al amigo,
e hinca la rodilla sobre el aliviado césped

cuya linde es solo un hongo minúsculo de alucinaciones
Accede a no incendiar las siete colinas

Vuela como azor entrenado para ladrar
Se hace en coloquio señor del parlamento
e insiste en llegar a la muerte

¿Tal vez haya pensado en secreto reencarnar?,
¿degradarse?

Del cielo ha caído una tortuga bicéfala

Un rabino relee con atención el Talmud, quizá la cábala
En la selva un indio busca al chamán
que interpreta en las piedras más antiguas el mensaje de los glifos
Una mujer anciana tiembla ataviada de negro en su casa de pedruscos
junto al embravecido mar de Fisterra
Un sacerdote druida mira con sigilo al sol
El arzobispo Vásquez de Mendizábal asiente ensimismado
En el desierto resuenan las llamadas del minarete
El imán convoca a destiempo
Las cumbres más altas tiemblan ante la expresión del lama
La tarotista implora una carta que aclare la anterior y la primera

La tortuga quizá saltó de las garras de un águila bicéfala también
o quizá la envió algún emisario terrible de Zeus
a estos caminos de laderas y arrecifes,
a estas calles que ya no albergan panales ni miel
a estos túneles que topas sin ojos excavan

Nada bueno presagia,

me dice

Como el bestiario de los sueños de Moctezuma,

pienso

Las lluvias horadan la sierra

Caen como pompas de jabón las casas
El agua corre y descorre como si llenara canales
Alguien recuerda olvidadas consejas sobre un mar enterrado,
habitáculo de ciegos peces y candorosas sirenas malignas

El hombre que sostiene el mundo se mueve
Quizá solo estira los brazos o relaja los muslos
La pirámide se derrumba arrastrada por los torrentes
y las joyas en su centro refulgen como iris
sobre los cementerios ahora descubiertos
El adobe se confunde con el barro
y los cráneos tartamudean antiguas palabras

Alguien cree mirar un pequeño ser alado
volando sobre las ciénagas
en busca tal vez de una tibia intacta

Lúgubres canciones acompañan la procesión de los redimidos
Es necesario morir para nacer
No el Ocaso sino la pulcra aurora,
susurran en lo alto las nubes

La viuda corre la cortina

temerosa, tal vez

La revuelta crece en la calle
Los gritos le envuelven el corazón
como sus manos el pan en la mañana
al darle forma y aliento

De negro cubre su cuerpo para bendecirlo
El esposo un día quebró el aliento de las flores
con el endeble fusil de la esperanza
El hijo en la plazoleta empuja la engañosa artillería de la ilusión
ondeando la colorida bandera de la vida nueva
Adentro el nieto retoza y sus ojos también
Soldaditos de plomo se preparan para la batalla
Elegantes, portan ramas y musicales instrumentos
Los caballos se encabritan
Presienten quizá la presencia enemiga

*Que no toque el tambor, piensa
Que no sople la trompeta que convoca y mata,
que se conforme con la flauta, anhela
que arrulla libélulas y melodiosa arrastra manantiales
que acaricia el hombro escondido de las doncellas
y conjura el fétido humo de ~~##~~ la destrucción*

El río siente, piensa, intuye

Arrastra y transforma lo que quiere
Cambia el barro en oro y hace del oro fango
Habita los sueños y desparrama su cauce en la vigilia más tenue
Dice palabras antiguas y abraza la cintura de la tarde
Simula tempestades en la calma
y plácido duerme siestas bajo la tormenta
El río abarca los contornos indecisos del sol
y puebla sus playas de sirénidos
Desafía al verano y se hace mar
Reta a la lluvia con rocíos de espuma
Copula satisfecho en los rápidos

El río es un diluvio en el océano
y un desierto en la noche
frío, movedizo, poblado de inciertos oasis

El río lleva demonios que persiguen ángeles adolescentes

El río no es un río
sino una enorme culebra que se estremece
y como frágil balsa nos navega

La lluvia vuelve, revuelve y empapa

como una vejiga rota
Inunda el cielo de gritos
Persiste como niebla
y aloja en la madrugada
iris de lejanos horizontes

Mira los cerros con desparpajo
y sigue su camino de oquedades
No se detiene en el río
ni en la estrellada superficie de los lagos
bajo la noche

Es mar que fluye de lo alto
y cae como ola sobre la playa

No la lluvia de afuera que moja
y arrastra

no la garúa de la mañana,
sino el terrible manantial
que por dentro ahoga
y destruye

Los escalones suben al glaciar

que va formando cascadas de hielo,
lagos de nube, ríos de estrellas,
mares, océanos de hondas lunas
en este verano sin término

Las ventanas se cierran de continuo
a la lluvia y a la brisa que hierve
No hay tregua, ni refugio, ni aleros siquiera,
solo un largo camino que sigue fragoso
hasta el confín lleno de bruma,
donde habitan serpientes gigantes,
deformes monstruos hambrientos
Engullen barcos y templos
Sus dientes como cimitarras destrozan la tierra,

dicen

No hay cometas ni señales que lo anuncien

El diluvio llega como inadvertida ráfaga de viento,
recuerdo de olvidados contornos

A veces lo preceden tumultuoso tempestades
o negruras repentinas en el horizonte,
y el húmedo desierto del crepúsculo
cuando desolador alumbra lo arcano

El diluvio es el silencio que destruye,
la palabra que (nos) (des)habita como maldición

El diluvio es el infierno que aterra corazones,
la hiel que destila la mirada al simular caricias,
el rictus del amigo que maraquea excitado el invisible cascabel

Tu voz es un largo río que me fluye
y arrastra los estuarios de la playa hacia el océano
sembrando peces en mis entrañas
como espíritus que maldicen los pasos

Tu voz es un largo río que me fluye
en las horas más oscuras del desvelo
que traen al pie de mi cama el parpadear de tu sombra

Tu voz es un largo río que me fluye
como contrahecho bongo sobre encrespadas olas
y me hunde en la fétida secreción de tu abrazo

Tu voz es un largo río
que me destruye

¿Tu voz, mi voz?

Quizá ya no tenga sentido

hacerle de nuevo como caricia
las mismas preguntas a la tarde

El aire, menos transparente,
dejó de tañer campanas
y ahora solo hace mohínes a la noche
que usa la máscara terrible de la insomne madrugada

Ya no sorbo el aroma de pino
ni me manchan amarillos corazones de margarita
Solo la angustia dibuja la tarde
y sus contornos (me) sepultan

(sin fecha)

Parecen chalupas en el océano

balsas prestas a salvar seres ya sin patria
ni esperanza
flotando en la inmensidad sombría
del sol inclemente sobre el agua
o de la noche codiciosa de profundidad

Parecen chalupas en el océano,
pero son cadáveres
ansiosos de llegar a la playa
a enterrar su desazón

Como río bajamos hacia un incierto océano

Vadeamos desiertos, diluvios, remolinos

sin saber que habitan en nosotros

no como orillas

ni borrascas

ni salientes rocosos

sino como terribles deidades

que nos gobiernan

No conocemos sus máscaras

sagradas, secretas

aunque nos hieran sus largos dedos

sucios, fríos, amorfos

con gruesas y filosas uñas que nos rasgan

y desvisten

La ciudad es un desolado paraje de afectos

El sueño es el abrazo del edén
y llamamos *cielo* al soñar

El bus viaja a la tierra que nombramos *esperanza*
y las puertas abren el crepúsculo
como en el Gólgota la sangre expiraba las auroras
y viejos manzanos rechazaban astutas serpientes

En el árbol cruzado la sapiencia busca el candor
y ofrece hoteles de paso al caminante
que solo halla enloquecido hálitos de cobra en sus pasos

Los cuerpos se untan de gloria y mudan la piel
como el agua, la espuma y las sombras de la tarde

Amanecer de abrazos presagia el mar
y las montañas que a lo lejos toman su baño

Edénicas figuras nos simulan en el espejo
mientras las calles portan con disfraz a los demonios
y el estable pasar de los días se hace desamparo de tiempo

Sigue la tormenta y olor de puerto

traen sudorosas las nubes,
olor de pescado y cangrejos,
de anémonas moribundas
por la firmeza de la red

Llueve y caen trozos de malla
Alguien los une
con cables de acero y tul

Son deseos de los dioses,
dicen

El dolor nunca se va

Polvo infinito bajo el párpado,
cuece ilusiones y se torna incesante mediodía

El dolor nunca se va
Hierde como ave de presa
y vuela en pos de carroña
sobre el indefenso hombro
del añorado alero

El dolor nunca se va
Es un insecto que danza
hasta horadar el silencio de la siesta

El dolor nunca se va
Es un diluvio
que se hace desierto
y muerte

No hay árboles prohibidos en el huerto

sino frutos que asedian el sueño

y destrozan la garganta

como áspid enemigo

como traidores que enlodan la fuente

como estrellas que se visten absurdas de oropel

Nacen junto a la rosa y maculan las magnolias,

asesinan mariposas y tucusitos

con el ocre aliento de la espina

Arden como fénix en el desmonte

y flotan sobre las aguas de la cuarentena

Barbasco de ilusiones,

marcan insondables el camino fragoso

del yermo

Son las frutas malditas

que alguien fecundó con estiércol de demonios

El agua escurre la emoción

La arrastra a la playa
la abate

Drena las canciones del entusiasmo
y se lleva a las orillas del olvido
las hierbas venenosas de los antiguos amores
Destruye los castillos de arena,
tumba sus torres más altas
y arranca las puertas que como puentes se abaten
sobre los fosos profundos de la desilusión

El diluvio limpia sucias callejuelas;
pero derriba la cómoda cárcel de los oscuros placeres
Revienta los diques de los recuerdos
y con los torrentes se van los abrazos
los besos que más se ansían
la canción de la tormenta incesante
y los gritos silenciosos del remordimiento

El diluvio devasta los bosques
y construye desiertos sin oasis
en las memoriosas gavetas del corazón

Esta churuata vieja,
 en este invierno sin fin,
su techo desvencijado,
no me dejan bajar los escalones
 de la noche

Me despierta la lluvia a cada instante
y la madrugada se me hace un largo viaje fatigoso,
un transitar sin término
por ríos tocados de raudales
que obligan de continuo
al desembarque para vadear chorros,
a serpentear como espuma,
para evitar la maldición de antiguos dioses

Este techo de palmas
carcomidas,
 agujerado de estrellas,
me hace cometa detenido
en una carrera de pequeño sol

La lluvia mece
como viento
mi chinchorro
y desmorona el casabe
que me sustenta a medianoche

Oigo dentro de mí
el bramido del agua,
como si graznaran anacondas
La lluvia
 –rostro felino, por momentos–
amenaza con desparramar

el río y dispersar sus piedras vetustas,
que no son rocas con limo
sino huesos de culebras,
que mudan la piel

Este incesante llover
sobre mi chinchorro ya río,
poblado de reptiles,
me quita el sueño

Y esta noche,
esta
es solo retazo de una larga obcecada noche
que ha de mojarme
para des

h a c e r m e

y el pretérito senorea nuestras voces
como vanos juramentos en antiguos idiomas
que ya nadie invoca ni pronuncia
Sembramos entonces de recuerdos los caminos
y añoramos pechos que nunca pudimos besar
aunque perfuman todavía nuestros labios
como hazañas poderosas de imaginarios amigos de la infancia
No es necesario tener muertos en el patio
sino pesares bajo la almohada
o pétalos como exvotos en frágiles relicarios

El agua lava las piedras, pero no la nostalgia
tatuada con mil rostros por los años
que nos arroja con sus brazos como nubes
La lluvia nos moja capas y sombreros
y proclama el efímero detalle de la inquietud
que carcome la última esperanza y torna estéril toda ilusión
El diluvio clava y desclava ese alfiler terrible
que prende como cadena los sueños a la fatiga
Deposita arrollador la nostalgia en las orillas tormentosas
de las acequias que nos humedecen
y desborda la insatisfecha sed del desierto inacabable
de nuestras ansias imprecisas

La nostalgia no tiene teoría, sino algas pegajosas
que nos aferran a filosas piedras pobladas de erizos
mientras el mar incesante va y viene
en olas que sonrían plácidas de espuma

La danza trae la vida porque eras la vida
y tus movimientos, demiurgo sempiterno, (nos) re-crean
como barro tomado de la tierra aún fresca
No importa qué compases terribles marquen poses infernales,
las trincheras obligadas de la guerra absurda
o el silencio del mar al detenerse las olas

Al final tu cuerpo ha de elevarse
como espuma y vitral
como canción de madrigales
y dará el salto que conjura
estas ilógicas tempestades
que quiebran los copas
y adormecen las flores

Tus manos moverán la vida
y la harán de nuevo
como tal vez la vio con asombro Noé
desde una pequeña escotilla de su gran nave

San Antonio de Los Altos, noviembre, 2010 - abril, 2011
(la fecha de poemas anteriores se indica al pie de cada uno)

Índice

<i>Prólogo</i>	5
He visto sobre papel antiguo	21
La noche engendrará dragones	22
Escribir-la	23
No es tanto	25
Huimos	26
Me arropa el silencio de la tarde	28
Tiembo espacio de papel y noche de bosquimanos	29
Si quitarse la vida	30
Y mientras las aguas	32
Buscar huellas en (estas) páginas ya caducas	33
No hay infierno, Virgilio	34
Las grietas del techo	36
Tiembo	38
Tanta sabana	39
No es la sangre que mana	40
No el rictus de la agonía	41
La calle guarda huellas	42
Me detengo	43
Tu oculto tatuaje horada mi quietud	44
Tanto lodo en los caminos impide el paso	45
Negras lagañas ocultan la sierra	46
Tu ombligo no lleva el nombre del mar	47
Una hierba acaricia como narcótico	48
Un ángel tal vez ebrio	49
El profeta nos convocó	50

La jaula no te encierra	51
Llueve	52
Tu canto se queda atrás	53
El río se empieza a teñir de rojo	54
Una luna de cartón	55
Llevo en el cuaderno el sueño del jefe	56
Las calles lucen repletas	57
Las ruinas me transforman	58
La torre se (me) incendia	59
Tu brazo tatuado anuncia las puertas	60
Humo de árboles centenarios impide la mirada	61
No las tierras de la antigua heredad	62
En medio del acto	63
Tu cuerpo es el desierto	64
Un pez escarba mis ojos	65
Tu mano me sujeta	66
Las estatuas (me) miran	67
Una gárgola de colores pintada	68
La plaza alberga multitudes que aplauden	69
Parece que todos los años fueran bisiestos	70
El último soldado le lleva a su madre como canto	71
Donde su caballo pisaba no crecía la hierba	73
Del cielo ha caído una tortuga bicéfala	74
Las lluvias horadan la sierra	75
La viuda corre la cortina	76
El río siente, piensa, intuye	77
La lluvia vuelve, revuelve y empapa	78
Los escalones suben al glaciar	79
No hay cometas ni señales que lo anuncien	80
Tu voz es un largo río que me fluye	81
Quizá ya no tenga sentido	82
Parecen chalupas en el océano	83
Como río bajamos hacia un incierto océano	84

La ciudad es un desolado paraje de afectos	85
Sigue la tormenta y olor de puerto	86
El dolor nunca se va	87
No hay árboles prohibidos en el huerto	88
El agua escurre la emoción	89
Esta churuata vieja	91
La tristeza llega cuando crecen las nostalgias	92
La danza trae la vida porque eras la vida	93



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE DIGITALIZAR
EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 2021
DÍA DE LA VIRGEN DEL VALLE
PATRONA DE LOS MARES, DE LAS AGUAS Y DE LA PURIFICACIÓN
EN LOS TALLERES DE DIOSA BLANCA
CALLE EL LIMÓN, RES. CANAIMA, EL CAFETAL
CARACAS

